

# Concurrencias de Jesús Díaz

**F**INALMENTE ME ENCONTRÉ CON JESÚS DÍAZ EN BERLÍN, A donde él se acababa de mudar. Yo estaba de paso, con el pretexto de otro congreso académico, y con Carlos Monsiváis lo fuimos a visitar. La sensación de que su estadía era provisoria, su año en Berlín fugaz, y perentoria su búsqueda de otro lugar para su exilio de cubano sin patria suficiente, dominó la charla con la pasión urgida que él comunicaba. Nos conocíamos de hace mucho, desde 1973, en que salió en *La Gaya Ciencia* de Barcelona, la memorable editorial de Rosa Regás, mi breve tomo sobre narrativa cubana, que escribí en New Haven gracias a un puesto de visitante que Emir Rodríguez Monegal me ofreció. Todavía recuerdo la clase en que leímos los cuentos de *Los años duros* (1966) y las páginas que escribí, excedido por la lucidez de esos relatos. Jesús, en último término, tenía que explicarse lo más difícil: la racionalidad de la violencia. Lo hacía sin sentimentalismo, desde la razón empírica de una idea del bien, capaz de sobreponerse a la intimididad del mal, como si el mundo estuviese hecho, fatalmente, por uno y otro. Todavía no sé por qué pero en esos cuentos descarnados y poderosos todos percibimos la temperatura de la Revolución Cubana, y es probable, aun ahora, después de tantos años, que esos relatos ejemplares sean parte del lenguaje de esa pobre Revolución nuestra, tan venida a menos que ya nos es ajena, aunque quede todavía por definirse la parte que les toca, dentro y fuera, a quienes fueron unos a su luz y otros a su sombra.

Me costó trabajo complacer a mi amigo Jesús Díaz porque no llegué a escribir sobre mi experiencia como el único escritor latinoamericano que no visitó Cuba. Jesús quería que escribiese para *Encuentro* un ensayo sobre lo que Cuba había significado para mí. Y pensé que tendría que empezar con esta declaración, que era casi una de principios, porque desde 1961, mi primer año en la universidad, he visto ir y venir a toda clase de viajeros, al punto de que alguien tendría que escribir la historia literaria, fatalmente

*Julio Ortega*

política, de esos visitantes periódicos, autorizados por el peregrinaje, favorecidos muchos por la tribuna, y a poco desengaños en varios grados de intensidad. No deja de ser un fenómeno de la cultura política nuestra el hecho de que ese capital simbólico terminase en exorcismos y purgaciones de buena fe. Fui invitado varias veces, y hubiese, realmente, querido ir, pero ser jurado del premio Casa de las Américas me pareció una tarea superior a mi paciencia de lector de manuscritos. De modo que yo debo ser de los pocos intelectuales latinoamericanos que no le deben un café a la Revolución. Después de haber visto la pasión de los convencidos y, a poco, su pareja ferocidad contraria, mi ausencia se me antoja irrepachable.

Esas horas en su piso de Berlín recuperamos el tiempo interpuesto. Jesús nos puso al día sobre la situación de los intelectuales después del caso Padilla. Y tuve la impresión de que su análisis era más certero que exculpatorio. No necesitaba que las cosas fueran de mal en peor para justificar su exilio. Tenía, además, noticias lamentables sobre los colegas en la penuria política de la Isla. Recuerdo su relato de una reunión de escritores en casa de uno de ellos a donde, sorpresivamente, llega el propio Fidel Castro demostrando su favor al dueño de casa. Jesús y otros amigos eligieron una terraza marginal, disgustados por la invasión oficial de una fiesta privada. Pero un agente los conminó a sumarse fielmente al monólogo.

Me impresionó Jesús por su madurez y lucidez, que lo convertían en un personaje distinto de la saga cubana de los exilios. Yo, que había conocido toda clase de exiliados, le temía un poco a esas largas reuniones en alta voz en las que los amigos insulares resolvían la suerte de la Revolución y el futuro de la isla quitándose la palabra unos a otros con ardor sin pausa. Una noche, en New Haven, en la casa de un colega cubano donde coincidieron dos familias, el perro de una de ellas rompió a ladrar hasta que logró acallar el coloquio. Alguien había concebido el infierno como un concierto eterno de gaitas gallegas, pero bien podría ser un perpetuo debate sobre Cuba. En cambio, Jesús era de esa clase superior de individuos que no hacen virtud de sus inclinaciones personales. Llegó al exilio ya formado, casi trabajado por las ideas y las pasiones civiles, habiendo pensado los pros y los contras, y se le fue la vida imaginando un espacio mediador, donde haciendo de cóleras corazón fuese factible transitar sin perder pie. Notablemente, era más mundano y feraz que algunos compatriotas afincados en la tipicidad, que tributaban las reparaciones con apetito demandante. Jesús Díaz siempre fue él mismo y no tenía que probarlo: de estirpe martiana, era claro y acerado. Me impresionó el sentido crítico de su charla, su humor relajado, y la fuerza de sus convicciones más íntimas, que en cada novela suya han aparecido como la forma misma del relato. Esa forma es la inteligencia apremiada de su plazo en el diálogo: estaba aquí, entre nosotros, para tomar la palabra, y se consumía entre palabras justas. Todavía es un misterio su partición de las aguas entre lustrales y de tormenta, de ágape y de difuntos, entre la novela post-nacional y la crítica intranacional, sacando al país de su agonía y situando a sus héroes en las fronteras de lo cubano, en ese ardimiento de libertades ganadas a pulso. Escribía con

inmediatez, con autoridad, pero también con fe en las breves grandezas humanas, en las empresas que se cumplen más allá de las fuerzas cotidianas, a favor del individuo.

Después, creí advertir la ligera ironía de su benevolencia. En una época en que los cubanos del exilio solían saldar cuentas entre ellos, no sin encarnada aplicación, Jesús Díaz fundó *Encuentro* para dar a todos el beneficio de la palabra. Esta revista se convirtió en la esfera pública de una república cubana del exilio, allí donde asomaban unos y otros, de pronto tocados por la civilidad de los turnos. En una república de más condenados que salvados, donde cada quien ha ejercido de juez y parte de los otros, Jesús les vino a demostrar a todos que *Encuentro* era un lugar de recuperaciones; en primer lugar, de la credibilidad mutua. He aquí un exiliado reciente que viene a Madrid a acoger a los exiliados en su humanidad bien dicente. Contra la sospecha y los malos hábitos, Jesús llamó a los atrincherados a dejarse oír en un espacio convergente. Desde *Encuentro*, el exilio cubano se ha convertido en un interlocutor fundamental de la cultura actual latinoamericana.

Habiendo así concurrido a mejorar el diálogo entre los suyos, incluyéndonos a paseantes y colindantes, me doy cuenta de que Jesús Díaz había forjado otra forma cubana de presencia. Primero porque sus tareas estaban llenas de futuro, y nos concernían a todos; no porque tuviese un programa o una agenda, sino porque el presente era excedido por su capacidad de concurrencia; esto es, por la forma inclusiva de su apelación a estar presentes y dar cuenta. Y segundo, por su fe en los más jóvenes, entre quienes se contaba, concurridamente; porque sus tareas suponían a los nuevos actores del consenso, a los agentes menos encarnizados y más tolerantes, aquellos que prometían una próxima apuesta cubana por el Otro, incluso por los otros. Este escándalo de la fe era una pasión intelectual: la obra de Jesús está llena de héroes jóvenes, hechos en una integridad a la vez cándida y mundana, como si fueran los personajes de una épica de convicciones latentes. Esa nostalgia del futuro era, creo yo, la clave de su íntima vehemencia: sabía que el tiempo requiere de nuestro trabajo para apurar sus promesas. Por eso digo que sus trabajos son una presencia de hecho: un espacio de amparo en este español de la intemperie.

*Las palabras perdidas* (1992) es una de mis novelas favoritas de la Cuba contemporánea, y entre las de Jesús Díaz una de las más memorables. La novela narra las aventuras de un grupo de jóvenes escritores, cuyo extraordinario proyecto de entrevistar a cada uno de los grandes de las letras cubanas (Carpentier, Lezama, Piñera, Eliseo Diego) es una suerte de peregrinaje y aprendizaje, que cumplen ritualmente al planear una nueva revista cultural y literaria. El humor, el desenfado, la elocuencia, y también la incertidumbre, vivacidad y empatía que comunican esta novela construyen un retrato de grupo de La Habana de los años 80, y alrededores, cuando las aventuras de exploración artística parecen otra vez posibles. En la novela, el plan de la revista se estrella con la censura y con la delación, lo que no sólo frustra a la revista sino que revela el vacío de sentido al interior de la idea del grupo. Pero no se trata aquí de lo que ya sabíamos (en las novelas de Jesús se trata siempre de lo que

no sabíamos) sino del vacío impuesto a la vida genuina por la interferencia política y policial, que desmiente la fe común y demarca los límites del lenguaje. Ese vacío, al carecer de nombre, es una culpa mutua: el traidor y el héroe son dos caras de la misma moneda nacional. Y de ello, al final, se trata: del derroche verbal de los maestros y de la carencia de lenguaje en los discípulos. La alegoría nacional es una entrega, incumplida, del lenguaje: la puesta a prueba de su valor de cambio en una sociedad donde la palabra pierde su valor de intercambio. Si los maestros viven en la sobreabundancia de su lengua propia, en el mundo que se han construido para reemplazar a su Isla portátil, los jóvenes viven el lenguaje más desenfadadamente, en la calle, en el juego y la complicidad, con la inocencia de su libertad sin uso. Y, con todo, se trata de una libertad creativa, vivaz y sin pausa, que deambula feliz y casual, entre bromas y juegos, citas literarias y novelización sin tregua. Vemos y reconocemos a ese inolvidable personaje, el «Rojo», poeta joven iconoclasta, que lidera al grupo con ironía y sarcasmo. Me gustó saber, mucho después, que ese personaje estaba modelado en mi amigo el poeta Luis Rogelio Noguerras, a quien llamaban *Wichy*. Me lo hizo saber la narradora Mayra Montero, cubana de Haití y Puerto Rico, quien me contó que ella también aparecía en esa novela como la novia del «Rojo». Me lo dijo como un secreto a voces. Descubrí entonces que las novelas de Jesús Díaz son versiones libres de momentos extremos de brío vital, y nostalgias de libertad. Esto es, son novelas que rescriben lo real con gracia entrañable: son historias llenas de vida explícita, abierta por su creatividad latente. Por eso, la condena política no lleva el peso de la literatura política: forma parte del horizonte de lo vivido, allí donde las puertas se cierran pero donde la novela deja una entreabierta.

Ni en ésta ni en sus otras novelas de motivación política se demora Jesús en la tragedia o la protesta: con los materiales de una y las voces de la otra se hacen estos relatos para hacer otra cosa, para dar la medida de la capacidad de respuesta de unos héroes demasiado vivos para ser épicos. Hasta su paradójico balsero de *Dime algo sobre Cuba* (1998) merece, al final del libro, un capítulo en blanco: el del día de mañana, libre de su travesía clandestina. De allí a construir un teatro de la fuga en su última novela, toda una saga de la creatividad del exilio se alza al modo del nuevo lenguaje de este futuro que vivimos como presente. En mi ejemplar de *Dime algo sobre Cuba* Jesús me ha escrito unas líneas de agradecimiento porque sé, dice, «acompañar.» Así deben vernos los que saben concurrir: como interlocutores de su camino.

Acompañar a Jesús Díaz, aun si de lejos y a pocos, sigue siendo una demanda del diálogo convocado por su trayecto. Ha humanizado, se diría, la ferocidad del exilio, borrando las distancias y dándonos encuentro.